

ce Mukarovsky, con la norma estética, hecho igualmente histórico, que debe estudiarse siempre en relación con el funcionamiento de las estructuras sociales en cuyo seno se origina como cristalización de la conciencia colectiva. Por otro lado, el destino de la norma estética consiste en ser violada. Y es de la tensión entre la norma pasada y su violación, que pasará a formar parte de una norma futura, de donde surge precisamente el elemento creador del verdadero arte.

Existe, no obstante, un tercer elemento analizado por el autor, el valor estético, que determina lo que Mukarovsky tiene por objetivo fundamental del arte: regir y renovar la relación entre el hombre y la realidad en tanto que objeto del comportamiento humano. Considerada, en efecto, la obra artística como un conjunto real de valores extraestéticos (sociales, psicológicos, morales, etcétera), el valor estético es el que les da coherencia: el que arranca a los distintos valores particulares de su contacto directo con los correspondientes valores vitales y los integra en una unidad dinámica superior y autónoma —la obra de arte— que posibilita esa nueva relación, a que se aludia antes, entre el hombre y el mundo.

El valor estético, potencial y variable, insufla vida a lo que no es en principio sino un mero artefacto material y lo convierte en "objeto artístico", es decir, en un vehículo portador de significación y comunicación estéticas, en un signo. La obra de arte considerada como signo es el pivote en torno al cual gira la estética de Jan Mukarovsky. ■ JOAQUIN RABAGO.

Proyectando el futuro

En la actualidad, cuando la capacidad técnica de la Humanidad ha cobrado un valor inesperado, los sueños y las utopías se convierten en un archivo de proyectos para su consideración futura y su realización.

La utopía se puede considerar de una doble manera. Puede ser un modo de evadir la realidad, de no buscar las soluciones en el propio contexto de la realidad socio-histórica para justificarse mediante una construcción intelectual. En este sentido, la utopía tiene una carga negativa, pues pone las esperanzas en algo sin relación con la vigencia de los hechos, y en cierto modo evita o desvía los



Alexander Mitscherlich.

esfuerzos para la transformación de la sociedad.

Pero la utopía también puede ser concebida como el instrumento que nos mueve a alcanzar algo diferente de lo imperante, cuyas características nos disgustan. Es, por tanto, una meta a conseguir y alcanzar. Es también un revulsivo del orden tradicional y una manera de impulsar la evolución: "Hagamos la utopía", era uno de los "slogans" más frecuentes y más famosos de los revoltosos de mayo del 68.

En realidad, ambas teorías pueden ser igualmente ciertas como inexactas. Todo depende de las circunstancias del proyecto histórico, sus autores, o del momento histórico. También puede ser que contenga dosis de una y otra. De cualquier forma, y sin que con ello me quiera adscribir de un modo rígido a una de ellas, resulta evidente que la época actual, dominada por los constantes cambios, la proyección hacia el futuro, y gran bagaje de conocimientos técnicos, son elementos que actúan para hacer factible la realización de modelos originales, modelos que en otro momento podrían ser calificados de utopías. Por otro lado, cuando la cruel realidad impone transformarse o el holocausto, aquí (como ha sucedido en la evolución de la sociedad) la necesidad y el instinto de conservación son quienes mandan, y por tanto exigen nuevas formas superadoras de una situación cuya inviabilidad demuestran los hechos. Formas que el hombre, los hombres, la Humanidad, es capaz de lograr.

A algunas gentes lo apremiante de su situación les impide llegar a hacerse planteamientos de futuro. Su problema más inmediato es el presente, y si éste no ofrece posibilidades

de solución o cambio, se acepta el ideario revolucionario principalmente en la fase negativa o destructiva de que habla Lenin. Para una buena parte de la Humanidad son tan pavorosas sus condiciones de vida y trabajo, cercanas al dolor y a la muerte, que la tragedia de la guerra revolucionaria queda minimizada. Lo ignorado puede ser malo, pero instintivamente estiman que no puede ser peor que su doliente realidad.

Sin embargo, es cualitativa y cuantitativamente diferente la situación de las islas de la opulencia, en las que sí existen la satisfacción material y tranquilidad psicológica de pensar en la construcción de nuevos modelos, o utopías realizables, o razonables, como designa Ramón Tamames el proyecto de una búsqueda de una nueva sociedad esbozada por René Dumont. Utopías, porque en cierto modo no se parecen nada a lo que encontramos en nuestro contorno, y realizables porque por difíciles o prodigiosas que puedan parecer, se cuenta con elementos técnicos y humanos para llevarlas a cabo. La televisión, la aviación, o la vigente civilización urbana, o el mismo nivel de consumo de la sociedad industrial, era una pura utopía hace unos dos siglos.

Esta perspectiva es enfocada desde ángulos diferentes por dos autores bien diversos. Dos personas pertenecientes a campos profesionales distintos: historiador uno, y preocupado por la sociedad tradicional, y el otro, psitoterapeuta renombrado e interesado por los problemas de la industrialización y el urbanismo. Ambos —Gilberto Freyre y Alexander Mitscherlich— parten de presupuestos ideológicos que, si no son contradictorios, sí son diferentes. También las dos producciones a las que me refiero (1) poseen características de estructura no comparables. "Más allá de lo moderno", el libro de Freyre, es un trabajo con carácter unitario, mientras que "Tesis sobre la ciudad del futuro", el de Mitscherlich, es un conjunto desigual de artículos y conferencias agrupados comercialmente bajo ese título. Sin embargo, en los dos subyace la misma inquietud: los problemas de nuestro tiempo, y el mismo deseo de una sociedad futura superadora de los inconvenientes de la presente, ¡que ya es decir!

Esta coincidencia en personas y obras tan diferentes es indicativa de que se está formando un estado de conciencia

(1) Alexander Mitscherlich: "Tesis sobre la ciudad del futuro". Alianza Universitaria. Madrid, 1977. 126 páginas. Gilberto Freyre: "Más allá de lo moderno". Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1977. 346 páginas.

a nivel planetario con esa inquietud y esos mismos deseos. ¿Es quizá fruto de una necesidad que se perfila cada vez como más apremiante, y de la que participa una buena parte de la sociedad? ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Curas secularizados

Con pocos días de diferencia han salido a la luz dos libros sobre este mismo tema (1).

Los dos son complementarios y dignos de leer, porque aportan el primer testimonio claro de los problemas que tienen en España los sacerdotes que se secularizaron; y están escritos fundamentalmente por ellos mismos.

En la obra de Angel de Castro y Margarita Serrano se aportan primero los testimonios personales, unos con nombre y apellido, y otros con iniciales nada más. Hay todavía —según se aprecia por este detalle último— el temor a presentar desnudamente —resulta un pudor explicable— este problema íntimo que la gente desconoce demasiado.

Los casos son muy distintos: hay quienes se desaniman ante el inmovilismo y rutina de su Iglesia; hay a quien se le descubre un mundo nuevo (marxismo, relación afectiva, maduración psicológica) que cuestiona la actual situación del sacerdote católico en la Iglesia de España; y así no se encuentran en condiciones de seguir colaborando con el "status" eclesiástico del país.

Hay interesantes confesiones, como la de Santiago Sánchez Torrado, que dice textualmente: "Si la Iglesia hubiera permitido el matrimonio a los sacerdotes, seguiría siendo sacerdote con toda convicción e ilusión como hasta ahora".

Es ésta también la línea que siguen algunos obispos católicos respecto a sus sacerdotes en crisis, y que Roma se niega por ahora a aceptar. Pero yo creo que en breve no tendrá el Vaticano más remedio que dar su visto bueno. La situación resulta especialmente aguda en América Latina donde algunos sacerdotes que siguen ejerciendo el sacerdocio se han casado civilmente, y su obispo ha aceptado esta situación, que es ilegal eclesiásticamente, pero que es bien vista por los propios feligreses, ya que les parece en tales países la solución provisio-

(1) A. de Castro y M. Serrano, "La gran desbandada". Editorial Edicuss, 1977. grupo EKIPU. "Los curas casados se confiesan". Editorial Sedmay, 1977.

nal más razonable para las crisis afectivas. Con ello no se pierde el afán apostólico, como se perdería si se hiciera caso a la anacrónica ley eclesiástica que hoy rige. La ley —como decía Jesús en el Evangelio— debe ser para el hombre, y no el hombre para la ley.

En Europa, el obispo de Orléans, monseñor Riobé, es el que ha roto más lanzas en favor de la existencia de sacerdotes casados dentro del catolicismo, porque prevé la necesidad de que, en muchas regiones de la Iglesia latina, se acepte la postura tradicional en el cristianismo católico oriental, donde el estudiante eclesiástico puede casarse antes de ser ordenado sacerdote. El celibato no es ningún mandato evangélico, sino una mera costumbre eclesiástica existente en el mundo latino y que ni siquiera ha sido general en la Iglesia católica, pues muchos sacerdotes católicos occidentales están legítimamente casados.

Son interesantes las contestaciones del obispo de Segovia, monseñor Palenzuela. A la pregunta sobre las secularizaciones de algunos obispos, contesta: "Algunos se han secularizado, me parece que en Perú y en USA". Y cuestionado sobre el hecho de que hoy por hoy existen pocos obispos que llegan a dar este paso, replica: "Quizá... la edad", y añade después: "Yo puedo decir que no tengo tiempo para pensar en secularizarme, me falta tiempo".

Otro obispo español, monseñor Echarren, tiene todavía una gran timidez en aceptar un planteamiento más abierto del tradicional entre nosotros, y dice: "Las razones que se suelen dar contra la ley (eclesiástica

del celibato) me convencen poco". También, preguntado por el marxismo y su posible antagonismo con el cristianismo, contesta de modo excesivamente conformista con la superficial postura conservadora: "La incompatibilidad nace —según dice este obispo— de que el marxismo entraña un materialismo", sin percatarse que mucho más materialista fue la postura del filósofo Aristóteles, y Santo Tomás usó su pensamiento para expresar la fe cristiana.

Ambos libros terminan con comentarios de seculares católicos conocidos por su labor como escritores de temas religiosos, los cuales exponen sus puntos de vista sobre la secularización de los sacerdotes y sobre algunas ideas renovadoras —principalmente se hace esto en el libro de Angel de Castro y Margarita Serrano—, que surgen dentro de la Iglesia y que desbordan el problema del clero.

La presentación del segundo libro dio ocasión a un original diálogo público entre el conservador padre Venancio Marcos y del ex jesuita Francisco García Salve. Al primero se le teme por muchos como asesor religioso de los guerrilleros de Cristo Rey; y el cura Paco —como llaman muchos a García Salve, aunque esté casado y secularizado— es un importante líder de Comisiones Obreras y del Partido Comunista.

El padre Venancio, en la presentación del libro, recordó que después de nuestra guerra civil fue considerado como avanzado y "casi hereje", y contó sus escarceos con el patriarca de Madrid, obispo Eijo y Garay, por su trabajo en el mundo del cine. Pero esto no significa nada: es lo que ocurrió con algunos

falangistas que pretendían un neofascismo y un cierto machismo hispano, que no era igual al franquismo paternalista y autocrático que entonces padecíamos. Y eso no quita nada tampoco para que su postura sea realmente retrógrada de cara a los avances doctrinales del cristianismo. El cura Paco, en cambio, se declaró "humanista ante todo"; y —como recomendaban los grandes pensadores de la Grecia clásica— pone la meta del hombre en "la felicidad humana".

Se evidenciaron así dos mentalidades encontradas —la del padre Venancio y el cura Paco— que supieron tener la valentía de presentarse juntos ante el público, a pesar del antimarxismo del primero y del marxismo del segundo. Desde luego, en todo instante fue francamente humana la postura de García Salve, y mucho más bronca la del padre Venancio.

Libros, estos dos que comento, que debían dar lugar a más polémica y diálogo, pues el tema de la crisis sacerdotal en España ha quedado demasiado relegado en la opinión pública y, sin embargo, no tendría que ser olvidado, pues esta crisis es síntoma de un gran cambio social-religioso en el país. ■ E. MIRET MAGDALENA.

MUSICA

Reflexiones sobre una ópera televisada

Pues, señor, esto era una vez un teatro que estaba en Milán y se llamaba teatro Alla Scala; y era un teatro de ópera, y al correr del tiempo se hizo famoso y todos los cantantes se pirrahaban por cantar en él. Y llegó el año en que hacía dos siglos desde que este teatro se inauguró, y sus responsables quisieron conmemorar la ocasión por todo lo alto. Y llamaron a los mejores cantantes para hacer el "Don Carlos", de Verdi, porque eran así de antiespañoles, y buscaron un director importante, y a base de buscar y buscar encontraron al más importante de todos, don Heriberto von Karajan. Después quisieron que del acontecimiento se enterara todo el mundo, y como ya se había inventado la televisión, pues pensaron que les venía de perillas el chis-

me para sus deseos. Pero resultó que don Heriberto, que era muy ambicioso, dijo que ni hablar, que él tenía contrato con una productora para que le filmara su "Don Carlos", y que si se lo daban antes por televisión, pues se le fastidiaba el asunto. Total, que cada uno se puso en sus trece a ver quién cedía, y el final no cedió nadie y hubo que montar para la televisión un "Don Carlos" sin don Heriberto y sin muchos otros cantantes que se solidarizaron con don Heriberto. Y los responsables del teatro Alla Scala no se quedaron muy tristes, porque consiguieron al maestro Claudio Abbado, que también era prestigioso y también grababa para la Deutsche Grammophon, pero, acaso por el aquel de que era un rojo, estaba por la difusión y no le importaba que el asunto se televisara. Y llegó el gran día, y se dio el "Don Carlos" en versión de Abbado, y los que estaban en el teatro lo vieron, y los que estaban ante la televisión también. Y todos fueron felices.

Aquí las felicidades siempre llegan tarde, y ésta no iba a ser una excepción. Por tanto, nos dieron el "Don Carlos" en diferido, a lo largo de casi toda la tarde de un domingo, en el Segundo Programa, que es el que está para estas cosas. Así, que mientras unos se lo pasaban tan ricamente con Miguel Strogoff, la Mayra Gómez Kemp y el Barcelona-Real Sociedad, otros nos enteramos por fin de en qué quedó aquello de la Scala —de Milán—, y tuvimos largo tiempo para reflexionar sobre lo que comporta asistir a un espectáculo operístico formando parte de eso que se ha llamado "el invisible público de los hogares".

Y la verdad es que la cuestión no es pacífica: tener la ópera en casa, más que facilitar las cosas, lo que hace es complicarlas. En todo lo que dura una ópera —y aun en lo que dura un acto— da para que a uno se le olvide el rollo previo que le han soltado a guisa de resumen del argumento, con lo cual es inevitable perderse. Da también para que a uno le llamen por teléfono —entre otras cosas, para decirle que están dando el "Don Carlos" por el Segundo Programa— y se le enrollen; da para que llamen a la puerta, para que llegue la hora de la merienda y pueda más el instinto y uno se vaya al frigorífico, que al fin y al cabo también es tecnología. Por otra parte, es inevitable conversar con la esposa legítima, a la cual tampoco es que se vea tan a menudo y no se va a desperdiciar la convivencia por mor del enriquecimiento cultural; es inevitable, por fin, que se cue-

